



Edgardo Cozarinsky
Los libros y la calle
Buenos Aires
Ampersand
colección Lector&s
2019
172 páginas

PALABRAS CLAVE: EDGARDO COZARINSKY – AUTOBIOGRAFÍA –
LECTURA – MEMORIAS – LECTORES – ESCRITORES

KEYWORDS: EDGARDO COZARINSKY – AUTOBIOGRAPHY –
READING – MEMOIRS – READERS – WRITERS

Leer en la ciudad

Francisco Aiello¹

Construida a partir de una fragmentación que va anudando de forma lineal o recurrente escenas breves, *Los libros y la calle* (2019) de Edgardo Cozarinsky incrementa la colección Lector&s, que sigue en expansión bajo la dirección de Graciela Batticuore para la editorial porteña Ampersand. Se trata de un modo de estructuración que puede remitir tanto las postales de *Vudú urbano* –que inicia la serie de publicaciones literarias del escritor– como *Cita de lecturas* de Sylvia Molloy, texto integrante de la misma colección, que es evocado por el propio Cozarinsky para oponer episodios recordados por cada autor durante visitas a la redacción de *Sur*. Los elementos coordinados del título constituyen un modo de organizar dos partes del libro descompensadas en lo referido a la extensión: “Los libros”, “La calle”. La primera sección, mucho más larga que la segunda, pone el foco en las lecturas a lo largo de las distintas etapas de la trayectoria vital, mientras que la segunda se reorienta hacia los vínculos entre el consumo de materiales escritos

¹ Doctor en Letras. Docente del Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Investigador de CONICET. Mail de contacto: aiellofrancisco@yahoo.fr

y distintos espacios de la ciudad, que puede ser Buenos Aires o alguna ciudad europea. Se trata apenas de dos modos de gravitación en cuanto a un mayor énfasis en uno u otro término, puesto que fluyen numerosos vasos comunicantes entre ambas partes: así como en “Los libros” se traza un itinerario –a modo de guía urbana– por distintas librerías, la parte “La calle” está signada por la remisión a autores y libros que perfilan la experiencia con la ciudad.

Los hiatos puestos de manifiesto por la fragmentación resignan cualquier pretensión de un relato que construya la unidad coherente de la trayectoria vital y, en cambio, sugieren un movimiento espontáneo –de lo cual, por supuesto, cabe desconfiar– en el que los recuerdos emergen por su propia fuerza o bien por la evocación suscitada gracias a la propia escritura de esta *memoria*, vocablo escogido por Cozarinsky para referirse a su propio texto: “¿Cuántos años había dormido este episodio antes de despertarse al escribir estas líneas?” (28). En el mismo sentido, el autor asume los desafíos propios de los escritos autobiográficos, diseminando numerosas observaciones que problematizan las posibilidades de la rememoración, que por momentos asumen una forma de empeño: “ahora quiero exhumar de mi memoria” (34). Asimismo, de forma explícita, se abre una nueva escisión entre el yo que ha vivido y el yo que escribe, el cual se vuelve intérprete de su yo del pasado –“Hoy trato de entender” (12)–, en algunos casos a partir de elementos que le aporta el presente. Es lo que sucede con el agravio *puto el que lee*, propinado durante recreos escolares por varones sumidos en las exigencias de la virilidad, entre quienes no había ningún atisbo de la transformación semántica de esa ofensa hacia usos actuales de *puto*: “en aquellos años solo era insulto, no soñaba con adquirir la soltura casi afectuosa con que hoy circula, por lo menos en círculos *cool* de Buenos Aires (27)”.

A partir de estas escenas discontinuadas se va armando un repertorio de lecturas variadas transitadas durante la infancia y la adolescencia de Cozarinsky, en el cual no parecen desempeñar un rol decisivo los padres, pese a ser ambos lectores con sus respectivas bibliotecas modestas, signadas por intereses disímiles. En todo caso, el familiar que pone cuidado en los materiales a los que accede el pequeño Edgardo es el tío Bernardo, que censura la lectura de Constancio Vigil y la reemplaza por la de Monteiro Lobato, más afín a su comunismo militante. Es el adulto quien comprende las filiaciones de cada uno de estos autores, las cuales explican las preferencias enfáticas del tío. Así como Monteiro Lobato desplaza a Vigil, un intransitable –incluso en un intento de relectura en los años 60– *Platero y yo* se ve fácilmente destituido por Robert L. Stevenson con una fascinación perdurable hasta el presente. También de lengua inglesa, se encuentra destacado el nombre de Jack London, a través de cuya evocación el autor cede, de manera tangencial, a esa voluntad de descubrir en el niño el anticipo de su figuración como adulto, puesto que

destaca del escritor norteamericano la novela *Martin Eden*, que –leída hacia los trece años– trae para Cozarinsky la novedad de un personaje que se propone un destino en la literatura: “Era una epopeya personal, la lucha por escribir y ser aceptado como escritor” (24). En paralelo a estas lecturas de ficción, la fruición también recae sobre la prensa escrita, en particular la sexta edición de *La Razón* –con arribo a los kioscos a las 21 horas–, plagada de historias policiales truculentas, pero presentadas con una decorosa selección de eufemismos.

Las características de *Los libros y la calle* ya señaladas impiden –y no cabe ningún tipo de nostalgia por ello– una reconstrucción cronológica y exhaustiva de la trayectoria lectora de su autor. Sin embargo, además esas heterogéneas textualidades que acompañaron los primeros años, a lo largo de reiterados capítulos se advierte una insistencia en libros y autores provenientes de lo que se denomina *Mitteleuropa*, según la expresión alemana por la que opta Cozarinsky para aludir a ese conjunto de países ubicado en la zona oriental del continente europeo de constante reconfiguración a lo largo del siglo XX e incluso durante el siglo XXI. Uno de esos autores es el austríaco Joseph Roth (1894-1939), cuya obra repasa tanto en sus puntos más salientes como en los de menor impacto estético para destacar su percepción de que en esos textos respiran historias transmitidas oralmente que finalmente encuentran su lugar en la escritura. El vínculo con este escritor lleva a Cozarinsky a singulares hábitos de lectura, tal como revela su regodeo en la lectura de al menos un párrafo de *La cripta de los capuchinos* en cada una de sus visitas, en Viena, al recinto que da el nombre a esa novela. Siguiendo la ruta hacia los Balcanes, y sin pretender agotar la lista de autores recuperados, también recibe un tratamiento destacado el serbio Danilo Kiš (1935-1989), figura que perfila una obra con tintes borgeanos para hablar de un mundo en disolución y también se evoca un encuentro en París que favoreció la cercanía por lecturas compartidas.

A diferencia de otros títulos de la colección Lector&s, en la autobiografía lectora de Cozarinsky ocupan un lugar poco relevante las bibliotecas, con excepción de la propia forjada en la Argentina y durante su exilio en París, buena parte de la cual fue donada a la Universidad Nacional de Tres de Febrero. En efecto, no encontramos escenas en la biblioteca del hogar –donde había pocos libros–, ni en la escolar –que solo provee un diccionario–, ni en una barrial. La presencia de los libros, en cambio, se produce gracias a una temprana asiduidad a las librerías porteñas, hábito que luego continuó en otras ciudades. Aun cuando el adolescente no disponía de los medios para comprar todos los volúmenes deseados, la frecuentación de librerías obedecía a una incesante curiosidad lectora, pero también al hecho de que se trataba de verdaderos espacios de socialización en el que nacían amistades, en los cuales los libreros y las librerías podían incluso constituirse en formadores de gusto a través de sus persuasivas recomendaciones. En sintonía con ese marco de

libros comentados y compartidos, no suscitaba ningún malestar entre comerciantes esa práctica de lectura de tomos que no se compraban, al punto que Cozarinsky recupera una escena en la que, con un gesto de cuidado acogedor, le acercaron una silla para que siguiera leyendo con más comodidad.

La enfermedad suele imponer un período de suspensión de las demandas cotidianas para que el reposo favorezca la recuperación, durante el cual de repente surge un modo nuevo de organizar el tiempo, en muchas ocasiones ampliamente consagrado a la lectura. Este tópico que dentro de la misma colección de Ampersand ya se ha trabajado –por ejemplo, en *El centro de la tierra. Lectura e infancia* (2018) de Jorge Monteleone–, en el caso del texto de Cozarinsky reaparece con la convalecencia que, a los 25 años, supuso ocasión de transitar de corrido todos los tomos de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust. Sin embargo, otro momento de fragilidad en la salud, que conllevó una larga internación parisina cuando el autor ya había pasado los 60 años, marcó un momento iniciático al poner en acción un proyecto largamente postergado: dedicarse a escribir. Así, el insumo solicitado a sus visitas fueron cuadernos y bolígrafos que transformaron la habitación del Hospital Cochin en un estudio de escritura en el que se esbozaron primeras versiones de textos que tiempo después encontraron acogida en un volumen de cuentos.

En otro orden, la formación del lector –y, con posterioridad, la del escritor– se vio beneficiada por la expansión del horizonte de posibilidades gracias al aprendizaje de lenguas extranjeras, una de cuyas más remotas evocaciones viene asociada a una edición simplificada para leer a Stevenson directamente en inglés. Claro que la lectura del francés desempeña un lugar central en los consumos de materiales escritos, así como para la escritura que Cozarinsky ha ejercitado en esta lengua. Respecto de la lectura en distintos idiomas, cabe también mencionar una escena entrañable de lectura compartida signada por el intercambio lingüístico: durante un período, las tardes de sábado eran momento de una cita en casa de la amiga Vera Macarov –exiliada rusa que colaboró con Roger Caillois en la revista *Lettres françaises*– para confrontar versiones. Macarov, en silencio, seguía con la vista textos en ruso cuya versión en francés o en español leía Cozarinsky en voz alta hasta que la amiga interrumpía para sentenciar un desacierto.

Aun cuando la decisión de dedicarse a la escritura puede ser considerada tardía, el repaso de la propia historia como lector también va escalonando instancias de aprendizaje de la escritura, que en buena parte son generadas por esos mismos textos que suscitan fascinación. Recibe un lugar ponderado la antología *La muerte y la brújula*, a través de la cual Borges se vuelve el maestro de valiosas lecciones gracias a “un castellano que no parecía español” (59) por virtudes ostensibles en la adjetivación, la sintaxis y la elipsis, así como *Otras inquisiciones* reveló alternativas de manipulación de datos verificables o de límites entre géneros. Además de esta

figura mayor de las letras, el reconocimiento también recae sobre el amigo Alberto Tobbia, cuyos textos algo escamoteados permiten, sin embargo, constituirse en modélicos respectos de algunas cuestiones estilísticas. Otra modalidad de aprender a escribir viene de la mano del recuerdo de José Bianco, una de las amistades iniciadas entre las mesas de una librería. El redactor de *Sur* encargó una reseña al Cozarinsky adolescente, que se vio privilegiado por una devolución personalizada de su colaboración con marcas en lápiz rojo y una conversación generosa en la que el maestro obsequió algo de su sabiduría para que ese texto se reorientara hacia el desarrollo de sus verdaderas posibilidades.

Para terminar, no puede omitirse una observación sobre los modos en que aparecen las relaciones entre literatura y cine, dado que Cozarinsky es, antes que escritor –al menos en el sentido estrictamente cronológico–, un reconocido cineasta. Tales vínculos no predominan en ninguna zona del libro, sino que se diseminan a lo largo de los capítulos de variadas maneras. Así, por ejemplo, recuerda su lectura algo culposa de Roman Gary y de Joseph Kessel, cuyos libros suscitaban desconfianza por dar lugar a films de éxito masivo. Lo filmico y lo literario también se presentan como alternativas del proceso creativo, no siempre convergente entre ambas artes, sino en una relación de compensación, como sucedió con el cuento “Hotel de emigrantes”, escrito como medio de diluir la frustración por una película no realizada. En otro momento, en cambio, se permite la autocomplacencia de registrar la recepción de uno de sus films con elogios firmados por Emmanuel Carrère o Fogwill.

Los libros y la calle ofrece nuevas elaboraciones de algunos motivos ya aparecidos en otros títulos de la colección Lector&s –la enfermedad como momento propicio para la lectura, las divergencias entre la biblioteca materna y la paterna, el empeñoso aprendizaje de lenguas extranjeras que expanden las posibilidades de lectura–, como así también su organización fragmentada remite a *Citas de lectura* de Molloy. Lejos de cualquier impugnación de redundancia, Cozarinsky hace propios esos elementos temáticos y estéticos, que asimismo articula con singularidades de su trayectoria como lector, en la que cobran relevancia, por ejemplo, autores de Europa del este menos o nada citados por otros escritores argentinos. Y esa trayectoria se constituye como una auténtica experiencia urbana, en la que la calle traza recorridos por librerías, las cuales se asumen como auténticos dispositivos de formación lectora y socialización intelectual, en detrimento de otras vías formales e institucionales de acceso a la cultura. Vínculo vital con la cultura escrita que incrementó sus potencialidades por la experiencia del exilio y de la residencia en una ciudad como París, todavía hoy atravesada por de un imaginario fuertemente asociado con lo literario.